

Mujica como icono

Natalia Costa Rugnitz *

Ignacio Bárcena Ricci **

Traducción al italiano: Eva Cussigh (link [versione italiana](#)) ***

Abstract: Mujica as an Icon. José “Pepe” Mujica established in Uruguay, between 2010 and 2015, a political era of long and complicated maturation, giving this small country of three million inhabitants an unprecedented international projection and, at the same time, becoming himself a symbol. Being a philosophical and a mediatic figure also, this peculiar and extremely paradoxical character has just concluded a government in which he seemed to have fulfilled his own destiny, and at the same time that of the whole Nation. Controversial both in his political measures and in his private way of life, “Pepe”, as his fellows call him, has combined in his unusual person the reality of the countrymen, so typical of our emergent continent, and an exercise of citizenship which we will probably not be able to find again easily. In the following article we intend to offer a critical review of his life and deeds, with the intention of understanding the reasons that turned him into the contemporary icon he has become.

Keywords: Mujica; Uruguay.

*“Es preciso cortarle el bigote, los pelos de la oreja, los de la nariz
y de la nuca
prendan fuego las alpargatas
y regálenle una perrita
que por lo menos tenga las cuatro patas”*

Cuplé del Pepe Mujica, [Murga Agarrate Catalina](#)

Uruguay es un país pequeño: de acuerdo al censo de 2013, tres millones y medio de personas ocupan un área menor a los doscientos mil kilómetros cuadrados. Más de la mitad de la población supera los 60 años y vive en la capital, Montevideo, y su zona metropolitana. La mayor parte del territorio, por lo tanto, es ocupado por poco más de millón y medio de habitantes¹. El país, que puede atravesarse de un extremo a otro en cuestión de horas, es, *grosso modo*, una amplia planicie fértil. Aunque en las últimas décadas las actividades comerciales e

* Licenciada en Humanidades, Universidad de Montevideo, Uruguay (2010); Máster en Filosofía, Universidad Estadual de Campinas, São Paulo, Brasil (2013). Actualmente es doctoranda en esta misma institución.

** Licenciado en Historia, Universidad de Granada, España.

*** Educadora Social, Universidad de Verona, Italia.

¹ La densidad demográfica promedio de Uruguay era en 2013 de aproximadamente 18 hab/km²; el promedio italiano superaba ya los 200 hab/km² ya en 2011.

Mujica como icono

industriales han ganado terreno, la base de la cultura económica uruguaya es la exportación de carne, granos, lana y lácteos. Vastas praderas, ganado pastando; cielos diáfanos y demorados atardeceres invernales envuelven localidades rurales diseminadas, pueblos de un almacén y una capilla que parecen haberse detenido en el tiempo y conservan aún la tranquilidad ingenua de la vida rural. El gaucho de a caballo, el mate, el poncho y las alpargatas son los fenómenos típicos de la “campaña oriental”.



El Gaucho, en un cuadro de Blanes. Vista de la campaña oriental.

Producto de una ocurrencia británica, el país supo pasar de ser conceptualizado como “algodón entre dos cristales” o “estado tapón”, a ser objeto de valoraciones que levantaron la autoestima de los uruguayos durante lustros, sin duda la más emblemática de las cuales ha sido “la Suiza de América” – aunque las hubo más pretenciosas, como “la Atenas del Plata”. La Historia, que no carece de ironías, hizo que la nación con el componente europeo más alto de toda América - 80% de la población uruguaya es de origen mayoritariamente español e italiano - tuviese nombre guaraní. *Uruguay* significa *río de los caracoles* en esta lengua aborigen, pero los grupos indígenas que habitaban el territorio fueron exterminados en los primeros años de la República. Para aumentar el contraste con sus vecinos, la minoría de origen africano está tan desdibujada como la nativa.

José Alberto Mujica Cordano nació vasco de descendencia mediada la tercera década del siglo XX, en un sitio cercano al lugar donde todavía reside. Su chacra, poco más de una decena de hectáreas y evaluada actualmente en unos

doscientos mil dólares, se ubica en una zona semi-rural en las afueras de Montevideo, cercana al emblemático suburbio del Cerro. El Cerro es un barrio periférico, problemático, de alguna manera semejante a los *Dos Hermanos*, de Río de Janeiro; es, sino el más panorámico, al menos el punto más alto de los alrededores, con vista a la parafernalia del puerto y al corazón citadino por un lado, a la interminable extensión de la pampa por el otro. Los españoles hicieron construir allí un fuerte en el siglo XVIII. Durante mucho tiempo denominado *Cosmópolis*, fue puerta de entrada para las sucesivas oleadas de inmigrantes, lo que explica que sus calles y avenidas lleven los nombres de las más diversas regiones. Con el pasar de los años, se agregaron alrededor de la pétrea fortaleza, de los cañones corroídos, escenarios variopintos: caseríos de lata y cartón intercalados con clubes refinados, vías férreas con fábricas y autopistas. El entorno se transformó, así, en un ejemplo paradigmático del desorden y los desequilibrios propios del *Nuevo o Tercer Mundo*, como quiera llamársele.



Vista del Cerro de Montevideo

Por el lado materno, Mujica nació duplamente italiano: Cordano Giorello. Su familia emigró en 1860 de la Liguria, y supo conservar las tradiciones. Su abuelo continuó en Uruguay la misma actividad que en Italia: sembraba la vid en una propiedad de cinco hectáreas a pasos del Río de la Plata, en Carmelo. Así, Mujica presenció desde la infancia los ritmos de la naturaleza y las dádivas de la tierra. Fue también por vía de su abuelo materno que respiró, desde muy temprana su adolescencia, la atmósfera política: aquel, edil en ese entonces, se codeaba con figuras importantes del momento. Como su padre murió cuando tenía seis años de edad, en Montevideo Mujica ayudaba a su madre a cultivar flores - actividad esta que conserva hasta la actualidad. Cuando terminó los estudios secundarios e

ingresó al nivel superior, pero abandonó la Facultad de Derecho antes de graduarse. Con poco más de 20 años se tornó secretario político de Erro, líder de un sector minoritario del Partido Nacional, elite política vinculada a la ganadería y la agricultura. Desde entonces, coloca entre sus datos personales “agricultor” como profesión.

Como ha dicho Ortega y Gasset, el hombre es el hombre y sus circunstancias. Mujica surge en un momento en que las agrupaciones políticas tradicionales uruguayas ven resquebrajarse su unidad interna: los recién mencionados “blancos” y los “colorados”, amantes más bien de la urbe, ven abdicar a varios de sus miembros más importantes. A principios de los años cincuenta, pasada la guerra de Corea, la crisis del modelo político uruguayo se vuelve evidente; la misma polarización fragmenta a la sociedad. Producto de este contexto, en 1962 Mujica abandona a los blancos y se une a la Unidad Popular – UP, agrupación con claras tendencias de *izquierda*.

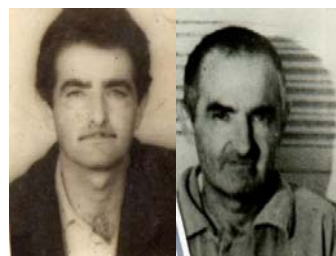
Al año siguiente, sin embargo, comienza la actividad del *Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros - MLN-T*, al que Mujica se une más pronto que tarde. Inflamados por la revolución cubana y la figura de Ernesto “Che” Guevara, los “tupa” (como son corrientemente llamados) toman las armas y, en medio de lo que según Eric Hobsbawm era la única democracia plena de América Latina (Hobsbawm 1996, p.118), dan inicio a una serie de atentados que desembocaría, en 1973, en un golpe de Estado.

La dictadura fue tan violenta como la sedición. Durante la guerrilla, la muerte acechaba por doquier; las balas rasgaban el aire en todas direcciones y la sangre ensuciaba todas las manos. Mujica fue repetidamente herido y encarcelado. Se fugó de la prisión dos veces - una de ellas de manera épica, cavando un túnel por debajo del edificio y la vía pública, junto a un centenar de sus compañeros. En total, permaneció casi quince años en cautiverio.

El proceso militar se dilató hasta 1985, cuando una ley de amnistía instituida democráticamente le puso fin. Mujica, amparado tanto como sus enemigos por el perdón así pactado, recuperó formalmente su libertad y, sin demora, retomó el esfuerzo político. Se acercó entonces al *Frente Amplio – FA*, agrupación de izquierda fundada en 1971 y prohibida durante el proceso, pero que

también había vuelto a la legalidad. Fue diputado por esta insignia, luego senador y ministro. Pasó otra década y media antes de que se convirtiese en presidente, en el 2010, a los 75 años.

Intentar penetrar la excepcionalidad de Mujica es un objetivo difícil. La dificultad de la tarea radica fundamentalmente en las enervantes contradicciones que minan su figura: se trata de un ex-guerrillero que se lanza a las armas, un ex-criminal y ex-prófugo que



llega al poder por vía democrática; un sujeto con aire de abuelo, bonachón y sincero, que se expresa con tanta desfachatez como sentido común y es conocido por los niños y admirado por los jóvenes. Increíblemente dogmático en ocasiones, Mujica presenta en otras un pragmatismo envidiable. Suerte de pseudo-intelectual a quien sin embargo la academia produce urticaria, Mujica ha sabido ser ambientalista y al mismo tiempo embarcarse en proyectos controversiales debido a su alto impacto ecológico². Para unos, en fin, un asesino; para otros, un ser digno del Nobel de la paz.

Ahora bien: al intentar comprender los motivos por los cuales Mujica acaba trascendiendo todas estas contradicciones al punto de transformarse en un ícono de la época contemporánea, es casi imposible no pensar inmediatamente en el grado superlativo de desapego material mostrado por él a lo largo de su vida. Su simplicidad en el tener y el aparecer, insoportables, grotescas para algunos, son para los demás manifestación de un *modo de ser* ejemplar: “Las personas deben considerar que estar vivos es un milagro. Venimos del silencio mineral y volveremos al silencio mineral”; “Los viejos pensadores – Epicuro, Séneca, inclusive los aimaras – definían: pobre no es el que tiene poco, sino el que necesita y desea infinitamente”, ha dicho Mujica. En su pensamiento, el mayor bien de cuya propiedad gozamos es el *tiempo*: no hay tesoro mayor, y en hacer un buen uso de él se esconde el secreto de la felicidad.

Mujica deja la prisión sin haber enloquecido completamente. Además, sale a la nueva vida con Lucía, su futura esposa, compañera de militancia y legislación con quien realizará un gran sueño gestado durante el cautiverio: tener una chacra

² Ver: Planta de celulosa UPM, Botnia; proyecto minero “Aratirí”.

propia donde trabajar la tierra. No tienen hijos; quizás no tienen, a decir verdad, tiempo para los hijos. Estos son de alguna manera suplantados por sucesivos canes: *Victoria*, así bautizada pues llega a la casa el día del triunfo de Mujica y *Manuela*, la emblemática viralata que el presidente carga bajo el brazo a varios compromisos oficiales. En la chacra, Lucía y el “Pepe”, como le conocen sus vecinos, van comprando tractores, levantando hibernaderos, almacenando y distribuyendo el agua. Tienen una vaca lechera y gallinas ponedoras. Al principio, venden las flores en diferentes ferias de los alrededores.

Pero la actividad política de ambos continúa a un ritmo acelerado. En la década de los noventa, Mujica es electo diputado por el FA y en seguida senador. Es sabido que en esta época, antes de asumir la presidencia, trabajaba en su chacra durante la mañana y a la tarde se dirigía al Parlamento en su *vespa* o su Volkswagen celeste del '87 (hoy convertido en bizarro fetiche), con los zapatos aún sucios de tierra, o de alpargatas, sin hacer ninguna concesión a su apariencia.



Si bien el hecho de que haya renunciado a parte de su salario de legislador, así como el de que haya rechazado vivir en la mansión presidencial, no son inéditos en la historia uruguaya, el diferencial del Pepe es que él abdica de la opulencia, renuncia al lujo y se abstiene de lo superfluo *para proponer, activamente, una forma de vida*. Este carácter activo lo despega, de repente, de la mayor parte de sus conciudadanos y, lo que es más importante, de la mayor parte de sus colegas, en especial los europeos. Por momento pareciera que lo que los europeos admiran en Mujica es el hecho de que él representa la accesibilidad de la ciudadanía al poder, una accesibilidad que comparada a la de la Italia de Berlusconi o la Francia de Sarkozy, aparece a la distancia como una verdadera maravilla.

Censurado en casa por algunos como farsante e hipócrita; como irrisorio personaje quijotesco y vergüenza colectiva, el hecho es que Mujica no ha dejado de cultivar flores ni de reservar horas de silencio para meditar en la soledad de su

rancho. Amanece temprano y toma mate, como la gran mayoría de los uruguayos. Al asumir la presidencia, accedió a alterar algunos hábitos: consintió a la vestimenta formal (¡aunque jamás a la corbata!) y a quitarse la barba. Fuera estos detalles pintorescos, el hecho es que el capital donado por Mujica a los programas de vivienda popular y desarrollo social activos durante su mandato no lo impidieron de ahorrar la energía y los recursos necesarios para proyectar el objetivo de construir, durante los últimos años de su vida, una *escuela agraria* en su barrio, en el propio terreno de su chacra, donde los jóvenes puedan aprender gratuitamente los secretos del oficio. La reforma educativa que no pudo implantar en su mandato será al fin y al cabo parte de su herencia personal.



Después de la vuelta a la democracia el pueblo, atento como es usual en su inconsciencia, se reconoció masiva y rápidamente en el Pepe.

Para aumentar el fastidio de la minoría conservadora, Mujica se declara a sí mismo pragmático, ateo y anarquista. Ser ateo es bien visto en el Uruguay; del pragmatismo ya hemos hablado. Su auto-definición como *anarquista*, no obstante, resuena al observador, por lo menos al principio, como otra paradoja asociada a su persona, otra lisa y llana contradicción - ¿cómo sería posible un presidente anarquista? Pero en este punto la idea y sentimiento, siempre artificialmente distinguidos, se entrelazan secretamente y el observador, movido por la secreta maquinaria de su mente, ya no se sorprende ante lo que la pitonisa revela a este personaje sobre sí mismo. “Si la naturaleza es Dios, tal vez creo en Dios”, dice Mujica, y de repente su figura se aproxima a la de Bergoglio. ¿Podría decirse que en este movimiento se delinea un nuevo tipo de sujeto, de actor político latinoamericano, o sería demasiado? Esta interrogante queda pendiente.

Otro punto que no podemos dejar de destacar en la parábola política de Mujica dice respecto al comentario de la publicación británica *The Economist* que, en 2013, declaró su admiración ante la austeridad, lucidez y humildad del presidente, al tiempo que observó con curiosidad e interés las reformas liberales realizadas bajo su gobierno. Reformas liberales: otra contradicción. Mujica es una figura prominente de la *izquierda* (si aún es posible usar esta palabra), pero se ha vuelto “famoso” a nivel internacional por sus reformas *liberales* (a saber: en primer lugar, el reconocimiento del matrimonio homosexual; en segundo, la despenalización del aborto; por último, la legalización del consumo, regulación de la producción y de la venta de marihuana por parte del Estado³). Quizá esto sea vestigio de su naturaleza de “viejo anarquista”; quizá sea expresión de su absoluta confianza en el ser humano, en una apuesta visionaria, romántica o *naif* – el tiempo dará el veredicto- en que *el miedo a la libertad* puede ser vencido. A pesar de su jerga desactualizada y de sus explosiones intempestivas, Mujica ha demostrado ser, además de un “agricultor”, un político de esencia y profesión. Como él mismo lo reconoce, su gobierno deja mucho que desear. Pero, ¿hasta donde es posible para una humana individualidad vencer a la necesidad? Mujica ha sabido poseer una visión de conjunto, así como una capacidad de adaptación camaleónica: pese a su posición anti-consumista y anti-imperialista, durante su gobierno fomentó la inversión extranjera y concretó, no sin riguroso criterio, grandes negocios con empresas extranjeras. Ha sabido dialogar con los más poderosos de sus contemporáneos, y ha estado siempre a la altura (a pesar de sus zapatos).

Como sea, el hecho es que Uruguay, en parte debido a su población “envejecida”, en parte a las características cuantitativas de la misma, se muestra como una tierra prometedora para este tipo de experimento.

Anotemos, para cerrar, una última reflexión. No parece del todo absurdo sostener que la excepcionalidad de Mujica radica no en sus palabras, sino en sus

³ En relación a esta última medida, que ha detonado quizá tanta polémica como el propio Mujica, anotemos simplemente que ella ha sido formulada dentro de un contexto mayor: el problema de la seguridad, de la violencia – otros rasgos típicamente latinoamericanos. El plan tiene como meta principal desmantelar el mercado negro de marihuana. El Estado producirá la hierba, estableciendo un control básico de la calidad y del consumo de los particulares; éstos, habiéndose inscripto en el registro oficial, podrán comprar la sustancia en farmacias o asociarse y mantener una producción propia. Los recursos generados por la venta en droguerías serán destinados a tratar a los adictos, que el sistema estará preparado para detectar como tales.

actos; o más bien: en la improbable concordancia que parece haber alcanzado entre sus palabras y sus actos. No es la nobleza del discurso lo que trasciende en Mujica; su singularidad no radica en sus teorías – por cierto, la mayor parte de las veces tan admirables como las de los más cultos señores ilustrados, tan jocosas como las de los más pintorescos comediantes, tan inoportunas e insolentes como las de una criatura sin el más mínimo *superego*⁴. El Pepe aboga por los preceptos humanos más básicos: la igualdad, la libertad, la justicia, el valor del trabajo y de la vida, pero parece que con su ejemplo realiza, en el tiempo y el espacio, es decir en la Historia, un ideal que lo trasciende. Una especie de elevación moral, de incandescente luminosidad se irradia de su figura. La masa lo ha aplaudido, quizá por ver en su ejemplo una mejor versión de sí misma.

Pero tampoco podemos dejar de ser críticos. Mujica se ubica en un plano de superioridad moral; su forma inusitada de amalgamar la teoría y la *praxis* es lo que lo enaltece, es cierto. Sin embargo, esta superioridad moral parece haberle otorgado una especie de extraña impermeabilidad. Mujica puede mantener reuniones con magnates de la talla de George Soros o Florentino Perez sin ser (salvo excepciones) acusado de traición a los ideales de izquierda (otra vez esa palabra). Puede agredir verbalmente a un periodista o criticar a los más diversos grupos sociales, pero la condescendencia popular lo ampara y legitima. Lo mismo puede decirse sobre su administración: la reactivación del entramado ferroviario, la reforma educativa, la construcción de un puerto de aguas profundas, la penetración de la educación terciaria en el interior del país: todos objetivos prioritarios que quedaron en el debe. No obstante, el “Pepe” goza de una enorme popularidad, incluso entre sus más encarnecidos opositores. La superioridad moral de Mujica es, en otras palabras, una armadura a prueba de todo. Pero ¿es esto su responsabilidad? Y aún si lo fuera: ¿en qué medida va en detrimento de sus acciones? En vez del advenimiento del mesías, llegó un político. Si bien no con todas, al menos con suficientes de las mezquindades que son propias a esos seres. Esto es algo que no debe pasarse por alto. A medida que creció su fama más allá

⁴ Para citar un ejemplo de su falta de consciencia diplomática, en el libro llamado *Pepe: Coloquios*, Mujica dice que Néstor y Cristina Kirchner son “peronistas delincuentes”; el ex-presidente Carlos Menem, “mafioso y ladrón” y los argentinos en su totalidad “histéricos, locos y paranoicos”. Siguió a este comentario una disculpa oficial del presidente.

del pequeño país, creció también su vanidad. *Humano, demasiado humano*. Tal vez estas sean las limitaciones impuestas por la rueda de la necesidad, como en el mito del *Timeo* de Platón, donde el demiurgo se curva al *acaso*; o tal vez realmente le haya faltado potencia, voz de comando.

Para cerrar, dos reflexiones. En primer lugar, la de que los gobernantes deben ser evaluados teniendo como base su forma y acción de gobierno. Por supuesto que sus virtudes y bajezas personales serán inevitablemente tenidas en cuenta en la opinión que de ellos se forme; pero, en el momento del juicio final, el eventual carácter de *political celebrity* debe ser detectado, separado cuidadosamente. Un presidente es un funcionario al servicio del Estado, y la fama y el espectáculo no alimentan los engranajes del verdadero progreso.

Por último, es indudable que José “Pepe” Mujica puede no pasar de una personalidad aislada, extravagante, que la perspectiva nos revele como una caricatura inconveniente de la más clásica de las utopías contemporáneas: una oportunidad desaprovechada, símbolo del más hondo desencanto y la mediocridad humana más patética. Esto es posible, por supuesto. Sin embargo, por lo pronto la realidad es que la vida y la obra de Mujica se insertan en una larga secuencia de hechos, ni siempre indoloros, ni siempre novedosos. Lo cierto es que, desde que el Frente Amplio accede al gobierno (2005) el índice de pobreza del país pasa de un cuarenta a poco más del diez por ciento. El respaldo a los menos favorecidos; la inversión en educación, en vivienda; la democratización de la salud y, en fin, el bienestar de *la mayoría* han sido iniciativas de un movimiento que se extiende mucho más allá de la persona de Mujica, pero del cual Mujica es, con todo, un *icono*, un *símbolo especial*. El Pepe ha ganado la batalla al hedonismo y vuelto a la humanidad más originaria. Quizá a pesar suyo venga a ocupar en la memoria de las generaciones futuras el mismo escalafón que ocupa el “Che”. ¿Icono de qué? Del humanismo en sus más altos valores, ideales y realizaciones, tampoco es imposible que su causa prospere. Cabe ahora a la juventud uruguaya reflexionar sobre el significado de este símbolo, este ícono que ella misma ha sabido engendrar, y pasar, según su ejemplo, a la práctica.



Bibliografía

- Bianchi, C., *La Gran Bestia Pop*, en: <https://cronistasarnoso.wordpress.com>, consultado 4.05.2015
- Cantera Carlomagno, 2014, M., “Viaje sin retorno”, en: *Búsqueda*, Uruguay, 23 de Octubre de 2014, p 44.
- García, A., 2009, *Pepe Coloquios*, Editorial Fin de Siglo, Montevideo.
- Hobsbawm, E., 1996, *Historia del Siglo XX*, Editoria Crítica, Barcelona. 1996
- Lessa, A., 2007, *La Revolución Imposible. Los tupamaros y el fracaso de la vía armada en el Uruguay del siglo XX*, Segunda Edición, Editorial Fin de Siglo, Montevideo.
- Nahum, Et Al., 1998, *El Fin del Uruguay liberal*”, Tomo 8 de la “*Historia Uruguaya*”, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Paolillo, C., 2015, “Un minuto de silencio”, artículo publicado en el semanario *Búsqueda*, Uruguay, 12 de marzo de 2015, p 2.
- Rabuffetti, M., 2014, *José Mujica, La Revolución Tranquila*, Editorial Aguilar, Argentina.
- Real De Azúa, C., 1964, *El Impulso y su Freno*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.